

drovo no era un sujeto feo ni mucho menos. Buena estatura, las espaldas anchas y, aunque las manos estaban endurecidas por el trabajo, eran largas y bien formadas. El cabello le caía ensortijado sobre las orejas, y unas grandes entradas en la frente le daban al rostro aspecto varonil y atractivo. Los ojos, negrísimos, y alba la dentadura. En su cara morena sobresalían los pómulos y la nariz aguileña. Su labio inferior, algo caído y grueso, decía de su temperamento sensual, y el otro, nervioso y delgado, era como una línea—expresión de voluntad—que se arrugaba en cuanto el enojo hacía brillar los ojos».

Así es esta recia y sugestiva obra. Toda ella está construída con la solidez que dan la fina observación y el estilo despojado de los floripondios de la retórica. Con «*El Muelle*» saludamos a una de las mejores novelas de Hispano América.—RICARDO A. LATCHAM.



FANTOCHES, por *Francisco Dibella*.

Claro y emocionado este primer libro del poeta argentino Francisco Dibella. Las corrientes novísimas de los «imagineros» no le han tentado, y dice sencillamente su canto humilde, con la alegría de cantar a la infancia perdida y a la mañanita con sol.

No hay en estos «Fantoches» (1) originalidad rebuscada ni el torpe deseo de sorprender con innovaciones de forma o imágenes estrafalarias. Son canciones diáfanas, vestidas sólo de emoción y de sencillez.

Es el mismo jardín donde otras veces
en su penumbra que a soñar convida
vine a tejer los sueños de mi vida
y balbucí mis salmos y mis preces.

(1) Editorial Kirya.—Buenos Aires. 1934.

Es el mismo jardín. ¡Oh, cuántas veces
sangrando el labio de una vieja herida,
vine a esconder mi angustia estremecida
bajo la sombra azul de estos cipreses!

Es el mismo jardín. Sobre la alfombra
del verde césped se acostó mi sombra.
Huye la tarde del jardín. Me abismo,

pensativo, sombrío, en un letargo:
¡es el mismo jardín, y sin embargo
este viejo jardín ya no es el mismo!

A un poeta que comienza, y que demuestra cierto dominio en la expresión, además de cualidades intrínsecas no comunes, bien puede augurársele obra medular en plazo no muy lejano.—
C. P. S.



LAS VOCES DEL SILENCIO, por Reyna Suárez Wilson.

Las voces líricas de las nuevas mujeres que cantan en América ni son muy variadas ni vibran muy alto. Hay quienes siguen con verdadera majadería, las rutas de la Mistral, sin llegar, por supuesto, a su cima desolada; otras hay que imitan a la Ibarbouro y a la Storni, y apenas si consiguen hacernos reír con su canto malogrado.

Son raras, por eso mismo, estas «Voces del Silencio» (1) de Reyna Suárez Wilson, que no tienen resabios de canciones ajenas.

Ni sensual ni mística, hay en la estrofa de esta poetisa argentina cierta vibración de sana juventud artista que se entrega

(1) Junín, Argentina, 1934.